

EL MEDITERRÁNEO: ÁMBITO FÍSICO Y CULTURAL EN LA NOVELÍSTICA DE BLASCO IBÁÑEZ

Salvador Salcedo

Nada extraña que un mar milenario, donde se han gestado numerosas e importantes civilizaciones, adquiriera protagonismo en diversas obras de la ingente producción de este escritor valenciano. Vicente Blasco Ibáñez no sólo nació en una ciudad marítima como es Valencia, sino que, además, durante una etapa de su vida afincó su residencia a escasos metros de unas aguas plétóricas de historia secular y de heterogénea cultura. Hoy podemos identificarnos con la mirada de Blasco hacia su querido Mediterráneo visitando la restaurada villa-museo de corte neoclásico, ubicada en la playa de la Malvarrosa.

En algunas, insistimos, de sus más famosas novelas la acción transcurre en o junto a aguas mediterráneas. Bastaría recordar *Sónnica la cortesana*, *El papa del mar* o, sobre todo, *Mare Nostrum*. Un análisis de estas obras de impronta marítima podría motivar incluso una paginación extensa propia de un libro. Por tanto a fin de evitar dispersiones nos centraremos en un ámbito específico: el de los poblados marítimos de la ciudad de Valencia, y en concreto en el Cabañal y la Malvarrosa, espacios donde se desarrolla la dramática historia narrada en *Flor de Mayo*.

También –y a modo de introducción– deseamos indicar que obviamos incurrir en esa moda actual de efemérides como son los aniversarios, centenarios y demás recordatorios y veneraciones pasajeras del oficialismo cultural. Efectivamente, en el presente año se celebra el centenario de la publicación de la novela que consagró a Vicente Blasco: *La barraca* (1898). Al coincidir esta efeméride con otro centenario: nada menos que el de toda la “generación del 98”, ello ha dado pie a debates sobre si cabe o no incluir a Blasco en dicha generación.

Nos seguimos encontrando ante un autor que hoy, como en vida, no deja de ser polémico. Frente a exaltaciones admirativas emergen críticas y olvidos, mixtificando ambas actitudes en ocasiones niveles diversos: el literario, el político, e incluso el personal. No

obstante, nuestro propósito viene presidido por la objetividad, si bien somos conscientes de las dificultades que siempre implican aquellos casos en los que la fama del personaje fagocita el éxito del autor. Un caso similar lo encontramos en Ernest Hemingway, de cuyas novelas, al igual que con las de Blasco, llevó a cabo Hollywood bastantes adaptaciones filmicas.

Desde una perspectiva sociológica, o si se quiere histórica-social, los escritores enmarcados tanto en la corriente realista como en el naturalismo, han hecho de sus obras auténticas fuentes de conocimiento de la realidad social, al igual que pueden serlo las llamadas "historias de vida". Nadie puede negar la importancia de Balzac o de Proust para quien desee conocer el París de su tiempo, o de Pérez Galdós al legarnos ese inmenso mosaico decimonónico que son los *Episodios Nacionales*.

En el prólogo introductorio que Blasco escribió en 1923 nos aclara algunas cuestiones relacionadas con la obra que vamos a analizar. Es la segunda de ese "ciclo valenciano" que inaugura *Arroz y Tartana*. Luego vendrían *La Barraca*, *Sónnica la cortesana*, *Entre naranjos y Cañas y barro*, sin olvidar los *Cuentos valencianos*. Estas primeras novelas fueron publicadas en el diario republicano *El Pueblo*, fundado y dirigido por Blasco, que así nos lo indica: "Algunas de estas novelas las escribí fragmentariamente, dando a la imprenta día por día la cantidad de cuartillas necesarias para llenar el folletín. Mi vida de periodista no me permitía un trabajo asiduo y concentrado" (V. Blasco, 1981:7).

Importa constatar esa tenacidad que, como arquetipo de hombre de acción, caracteriza ya a Blasco en esta primera etapa. Resulta admirable como supo compaginar su vocación literaria con otras muchas actividades: un "republicanismo romántico" que le ocasionaba procesos y encarcelamiento; el mantener vivo un diario de propaganda revolucionaria casi sin medios; vivir una situación, difícil también para su familia, de verdadera penuria económica. Blasco tiene la sinceridad de decirnos que los "únicos periodos de paz y reposo en aquella época, fueron los que pasé en la cárcel".

Después de trabajar toda la noche en la redacción del periódico, todavía le quedaban dosis de vitalidad e imaginación para escribir estas novelas del "ciclo valenciano" nada menos que al amanecer, soportando "el estrépito de la máquina que rodaba en el piso bajo tirando los primeros ejemplares del diario y oyendo los mil ruidos de una ciudad que despierta para vivir un día más" (*Id.* : 9).

Disponiendo de escasos colaboradores, Blasco se veía obligado a realizar casi todos los trabajos periodísticos. De ahí que aprovechara los amaneceres para escribir estas novelas de ambientación valenciana de una forma fragmentaria y rápida. A veces se acostaba más tarde y aprovechaba la mañana hasta el mediodía a fin de documentarse. Se le ha criticado su estilo poco pulido y esa forma de escribir diríamos que rápida y a salto de mata. Sin embargo, no puede negarse que desde los inicios su narrativa abunda en amenidad y colorido, capta muy bien al lector y fotografía al detalle la realidad y los personajes en ese ámbito histórico de la España de la Restauración a caballo de dos siglos. Siempre sus novelas proporcionan además una información sobre la época muy cuantiosa y muy pormenorizada. Tengamos en cuenta que Blasco no sólo se documentaba, sino que hechos

que deseaba relatar los vivió experimentalmente con ese método que los antropólogos denominan "observación participante" e "investigación de campo". Así Blasco vivió en las mismas barcas experiencias de la pesca y del contrabando.

En ese prólogo a *Flor de Mayo*, escrito en 1923, cuando ya Blasco gozaba de fama y popularidad, recuerda que antes de acostarse hacia el mediodía disfrutaba de esplendorosas mañanas y, sin dejarse vencer por el sueño y la fatiga física, "vagaba por los caminos de la huerta o por la playa mediterránea para estudiar directamente los tipos y paisajes descritos luego en mis novelas".

"Recuerdo a veces las aventuras a que me arrastró mi entusiasmo juvenil de novelista, ansiando ver de cerca y no de oídas las cosas que pretendía describir". Y se sincera de este modo: "...navegué en las barcas del Cabañal, haciendo la vida ruda de sus tripulantes, interviniendo en las operaciones de la pesca en alta mar. Como ya van transcurridos cerca de treinta años, hasta me atrevo a decir que también navegué en una barca de contrabandista, yendo a "trabajar" con ellos en la costa de Argel" (1981: 9 y 10).

Esta segunda novela del ciclo valenciano (escrita en 1895) se titula *Flor de Mayo* porque ese es el nombre de la barca propiedad de uno de los protagonistas, que a su vez lo era de una marca de tabaco que se fabricaba en Gibraltar, una barca además pagada con el dinero obtenido por la venta de un alijo de tabaco en una operación de contrabando. También —cosa curiosa— es la traducción del inglés del nombre de la famosa nave (*Mayflower*) que transportó a los "peregrinos", una pequeña comunidad religiosa que tocó tierra en las costas norteamericanas, en 1620, asentándose en lo que hoy es el Estado de Massachusetts.

1. Personajes

En numerosas ocasiones, tanto en narrativa como en dramaturgia, la historia que se nos ofrece viene determinada principalmente por un dualismo caracterológico o, más aún, por una radical confrontación entre los personajes protagonistas. Tal es el caso de la novela de Blasco Ibáñez objeto de nuestro análisis. Si bien en esta ocasión el antagonismo se reduce exclusivamente a los personajes principales y no a confrontaciones grupales, ya que todos ellos, al estar emparentados por vínculos de consanguinidad o de afinidad, pertenecen a la misma familia.

La oposición es doble, a tenor de los respectivos géneros, pero no existe una dicotomía entre los mismos, sino entre personas del mismo género: entre dos mujeres (cuñadas) y entre dos hombres (hermanos). La relación entre las mujeres (Dolores y Rosario) es belicosa y violenta durante todo el *tempus* narrativo. La reconciliación resulta imposible. Sí, en cambio, acuerdan alguna tregua esporádica y breve.

Dolores, casada con Pascual el *Retor*, disfruta de mejor nivel económico, que, a primera vista, se manifiesta en su forma de vestir, pero también es físicamente una hembra agraciada y exuberante. Blasco nos la describe como "morena cariancha, con el rubio y

alborotado pelo como una aureola en torno de la pequeña frente». Mujer de «sólida osamenta», con verdes ojos que reflejan la «obscura transparencia del mar» y con labios carnosos y dentadura muy fuerte y brillante. Esa exuberancia física se ve complementada en el plano psicológico por una agresiva insolencia. En este sentido, Blasco la califica como «moza de buenos puños», que no escatima hacer alarde de una desbordada procacidad y soez comportamiento.

Rosario, mujer del otro hermano (Tonet), constituye en el aspecto físico la antítesis de su enemiga concuñada. Blasco la describe sucintamente como una «mujercita flaca y nerviosa». En cambio, a nivel psicológico no ofrece diferencias: su talante es también iracundo, si bien adobado con un odio más profundo y con una abrumadora amargura. Mientras Dolores es tratada como una reina por su marido, al cual sabe manejar a sus anchas, Rosario es una auténtica víctima, prototipo de la mujer maltratada y vejada cruelmente por el caprichoso y chulesco Tonet. La desigualdad económica se adiciona como un elemento más en la autonomía existencial de ambas mujeres. Mientras Dolores llega todos los días en tartana a la ciudad para vender el pescado, Rosario tiene que realizar una larga caminata de varios kilómetros, puesto que todas las ganancias son para satisfacer los caprichos de Tonet que vive sin dar golpe y a costa del trabajo de su mujer.

Entre los personajes masculinos sí que se da un antagonismo tanto físico como psicológicamente. El tío Pascual, pescador y también contrabandista, muere trágicamente al naufragar su barca frente al cabo de San Antonio. Deja viuda, la señora Tona, con dos hijos pequeños, Pascualet y Tonet. El coraje de la madre logra sacarlos adelante, aunque preocupada cada vez más por el porvenir de estos vástagos que se crían juntos, pero que ya desde la niñez son muy diferentes. «El mayor, Pascualet, era un retrato vivo de su padre. Grueso, panzudo, carilleno, tenía cierto aire de seminarista bien alimentado, y los pescadores le llamaron el *Retor*, apodo que había de conservar toda su vida». Pascual tenía ocho años más que su hermano Antonio, un niño enjuto, nervioso y dominante, y pronto se convirtió en su niñera: «si jugaba con los pilletes de la playa, era sin abandonar el arrapiezo, rabioso y pataleante que le martirizaba la espalda y le pelaba el cogote con sus pellizcos».

El adolescente Pascual pronto se convierte en «gato» (así se llamaba a los grumetes de las barcas pesqueras). Tona cree ver en tal hijo como una reproducción física y moral de su marido: un rostro carrilludo y sonriente, un cuerpo cuadrado y fornido, unas piernas robustas y cortas, y asimismo bondad y timidez, laboriosidad cachazuda y sencillez honrada. Tan sólo Pascual manifestará fiereza al convertirse en un hombre, cuando alguien intente atacar su propiedad y apoderarse de lo suyo: su dinero y su mujer.

Tonet, en cambio, se mezcla ya desde niño con la pillería de la playa, y pronto, además de una notoria vagancia y un impulso pendenciero, va a mostrar inclinación hacia la bebida y hacia la comisión de pequeños delitos en el cercano Puerto. Dolores fue en primer lugar la novia de Tonet, con desagrado de Tona, su madre. Cuando Tonet se marcha a Cartagena, alistado como marinero de guerra de la fragata *Villa de Madrid*, Dolores despliega toda una operación destinada a seducir a Pascual, el hermano mayor. Al morir su

padre en accidente, Dolores queda totalmente huérfana, por lo que precisa de una seguridad económica que sí puede proporcionársela un marinero honrado como Pascual. Pese a la oposición y al gran enfado de Tona, acaban casándose. Cuando regresa por fin Tonet a Valencia, tras su periplo de navegación, no se muestra en nada celoso. Es más, le parece muy bien que su hermano haya contraído nupcias con su antigua novia.

En el caso de Tonet sí logra su madre ver cumplido el deseo de casarlo con otra huérfana, si bien ésta es adinerada. Sus padres le habían dejado una buena fortuna a Rosario, enamorada del atractivo Tonet, cuyas experiencias marineras en nada habían modificado su indolente carácter. A su habitual vagancia adiciona una golfería ya crónica. A veces desaparecía semanas enteras para divertirse en Valencia, dilapidando así y rápidamente la fortuna de su mujer. Cuando el dinero se acaba, Rosario no tiene más remedio que hacerse pescadera y trabajar duramente para que Tonet pueda proseguir con su vida de ocio y disipación.

La pugna entre las concuñadas se explica porque Tonet no renuncia a su antigua novia y tampoco Dolores se muestra reacia a esta relación de la que muchos sospechan o tienen pruebas de certeza, menos el interesado, Pascual, que está muy enamorado de Dolores, y que sigue profesando a su hermano Tonet un profundo amor fraternal.

Entre los personajes secundarios —pero de un cierto relieve— destaca la mencionada Tona, madre de Pascual y Tonet. Una especie de madre-coraje que, tras la muerte de su marido, no se amilana y monta lo que sería un precedente de los actuales bares y restaurantes del paseo marítimo: un pequeño merendero con cobijo como hábitat y con un tinglado de cañas bajo el cual los parroquianos tomaban copas o echaban sus partiditas de cartas. No dejaron muchos mocetones de asediar a la viuda Tona, pero ésta sólo tuvo una veleidad: el carabinero Martínez, un joven “que estaba de servicio en aquella parte de la playa y permanecía durante las horas del calor sentado bajo el sombrero de la taberna, con su fusil entre las rodillas”. También nos proporciona Blasco más datos sobre este personaje: “El tal Martínez era andaluz, de Huelva; un muchacho guapo y esbelto, que llevaba con marcialidad el uniforme viejo de diario y se atusaba al hablar el rubio bigote con una expresión distinguida” (*Id.*; 59 y 60).

Inmersa toda su vida (ya casi cuarenta años) en un rudo ambiente de trabajadores del mar, el apuesto Martínez aparecía ante Tona como el prototipo de la finura y los buenos modales, considerándole hombre instruido, si bien sus lecturas se centraban en folletines de Pérez Escribá. Tona sobrepasaba en más de diez años al joven carabinero. Eran ya amantes, pero la tabernera deseaba un nuevo padre para sus hijos Pasqualet y Tonet. La idea del matrimonio no le agradó, por supuesto, a Martínez que tras chulear finamente a la viuda, de improviso pidió el traslado a La Coruña. Este amorío le dejó un buen recuerdo a Tona. Los trajines eróticos acabaron en embarazo y en el regalo, esta vez, de una niña: Roseta.

El engaño de Martínez no arredró a Tona ni debilitó su coraje, siguió despachando copas tras el mostrador “enseñando su pecho voluminoso de vaca rolliza, y agarrada a su

oscuro pezón una niña blanca, enteca, de ojos azules y cabeza rubia y voluminosa que parecía una bola de oro". Roseta se crió en la playa como una salvaje, manifestando un carácter independiente que seguiría manteniendo al crecer. Su madre no le dedicaba muchas atenciones. La niña no se adaptaba al trabajo de la cocina; era bastante manirrota. En verano sacaba alguna ganancia vendiendo agua y galletas por la playa de los baños o por el muelle. Su hermanastro Tonet nunca se fijó en ella. Si le manifestó algún cariño Pasqualet. Pese a su carácter secundario resulta interesante el personaje de Roseta, ya que en todo el conglomerado familiar de la señora Tona viene a constituir un contrapunto respecto de los otros personajes: no trabaja en actividades del sector primario (relacionadas con la pesca y con su distribución y venta), sino del secundario. Es, por tanto, obrera, cigarrera en la Fábrica de Tabacos, en un edificio neoclásico del siglo XVIII, donde estuvo ubicada la antigua Aduana, y en la actualidad el Tribunal Superior de Justicia. Sin base a ninguna ideología, tan sólo como actitud vital, el personaje de Roseta entraña un evidente radicalismo femenino: una defensa del individualismo en la mujer, rechazando esa subordinación, que, a cambio de protección, proporciona el matrimonio. A Blasco le gustaba configurar personajes femeninos muy fuertes que, en aras de su independencia, mantienen casi como vestales o walkirias rechazo o, al menos menosprecio, hacia los hombres. Para Roseta el género masculino se divide en dos grandes categorías: los pillos o los imbéciles. Desde una óptica psicoanalítica dichos personajes, reprimidos en una castidad y en un celibato motivados por un orgullo individualista y en nada por razones religiosas, pueden parecer rayantes o incluso inmersos en un lesbianismo tan viril y agresivo como el mismo machismo que rechazan. Y no es así, les cuesta salir de su torre blindada, pero cuando salta la chispa del enamoramiento su pasión hacia los hombres suele ser desbordante y devoradora. Tal podría ser el caso del personaje femenino de *Entre naranjos*. Aunque la historia finaliza siendo todavía muy joven Roseta, no extrañaría a cualquier lector que se plantease una prospectiva y unos escenarios de futuro para los personajes supervivientes, imaginarse a Roseta enamorada y madre de familia numerosa.

De entre los personajes de menor relieve cabe destacar al párroco don Santiago, respecto del cual Blasco no hace gala de su característico anticlericalismo. Como voz directora de las pescaderas merece mención la tía Picores, pariente de Dolores. Matriarca majestuosa se instala en su puesto del mercado en una alta poltrona, su obesidad es blanducha y de ballena vieja, "su cuerpo de anfibio, impregnado de humedad hasta los huesos" precisa hasta bien entrado el verano de la tibia caricia de un braserillo entre sus pies. El apodo nos lo explica así Blasco (1981: 24 y 25): "Una picazón eterna parecía martirizar su arrugada epidermis, y los gruesos dedos hurgaban en los sobacos, se deslizaban bajo el pañuelo, hundiéndose en la maraña gris de su cabeza, y tan pronto hacían temblar con tremendos rascañones el enorme vientre que caía sobre las rodillas cual amplio delantal, como con un impudor asombroso remangaban la complicada faldamenta de refajos para pellizcar en las hinchadas pantorrillas". En las situaciones conflictivas su prestigio se hacía de valer actuando como mediadora y pacifista, como así sucede por una disputa en pleno mercado de las dos cuñadas, Dolores y Rosario. Las paces se acostumbraban a hacer finalizado el trabajo y antes de regresar a los poblados marítimos, paces que se endulzaban con

merienda incluida en una chocolatería cercana. Los consejos de la tía Picores eran rotundos: eso de enfadarse es cosa de "señoritas" (de clase burguesa quería decir la pescadera decana). Las mujeres auténticas no deben reñir por un hombre. La mujer debe hacerse valer ante los hombres, y no debe irle a éstos con lisonjas. Ahora bien —y la indirecta iba hacia Rosario— si un hombre busca fuera de casa es porque la mujer no le da lo necesario.

Existe también otro Pasqualet, que fallece en la tempestad que pone final trágico a la novela. En realidad, es el hijo biológico de los amores adulterinos entre Dolores y Tonet, pero a los ojos de todos, y sobre todo de Pasqual el *Retor* (que nada sospecha hasta el final ni da pábulo a habladurías), figura como hijo legítimo de su matrimonio con Dolores.

En muchas de sus obras el populismo blasquista presentaba una clara oposición entre clases sociales. En *Flor de Mayo* la confrontación es tan sólo de personajes, pues pertenecen todos ellos a las clases populares (pescadores y pescaderas) de los poblados marítimos de Valencia. La burguesía sólo aparece como mera referencia a la ciudad: son los consumidores del pescado.

La adhesión de Blasco a la corriente naturalista aparece muy evidente en esta novela. Dichas clases populares están marcadas por el fatalismo y disponen de muy escasas posibilidades de movilidad social: todo lo más dejar de faenar para otros, convirtiéndose en patronos y amos de barca. Todos los personajes llegan a ser en determinados momentos incluso repulsivos. Cualidades como la honradez o la valentía pierden su atractivo al desembocar respectivamente en bondad inútil o en riesgo temerario.

También Blasco carga las tintas en lo que concierne a la dicotomía de géneros, pero tanto el masculino como el femenino se asemejan por su índole primitiva y animalésca. Suelen ser personajes groseros, obscenos y muy mal hablados. En los hombres destacan los peores rasgos de un excesivo machismo: son pendencieros, bravucones, borrachos, viciosos, algunos trabajadores, pero otros, vagos e indolentes, y en sus relaciones con las mujeres no tienen comportamientos equilibrados, o las maltratan y las engañan o bien se dejan manipular por ellas como fantoches.

En toda la novela está presente el estereotipo bíblico de la condición femenina. Incluso las propias mujeres lo admiten como algo natural: el hecho de ser mujer ya es algo malo. Las que son agraciadas físicamente como Dolores suelen ser infieles y adúlteras, coquetas, perversas y devoradoras de hombres. Las desprovistas de encantos físicos, como Rosario, son, en cambio, mezquinas, envidiosas y maledicentes. En suma, personajes abocados casi fatalmente hacia un final trágico.

2. Actividades

Siguiendo el tríptico utilizado por Ortega y Gasset al referirse a la realidad (personas, acciones y cosas), nos ocuparemos a continuación de las actividades socioeconómicas que desarrollan los personajes.

Estas actividades laborales se centran en la pesca y en su distribución y venta en el mercado. Puede observarse una división social del trabajo que afecta a los géneros. Los que faenan en la mar son los pescadores, o sea, los hombres exclusivamente. Las mujeres, en cambio, son "pescaderas" y se ocupan de su distribución y, principalmente, de la venta en el mercado. A estas actividades hay que adicionar —por supuesto, sólo realizadas por algunos— la del contrabando, actividad ilegal, pero que en el caso de tener un golpe de suerte puede salvar de la miseria, generando cierta movilidad social al destinarse las ganancias a otros negocios o bien a la adquisición de una barca propia, lo que permite el paso de simple marinero a patrón.

Fornidos bueyes se ocupaban del arrastre de las barcas. La imagen de estos "bous" ha quedado maravillosamente plasmada en numerosos lienzos de Joaquín Sorolla. Se faenaba por el Golfo de Valencia, hasta el cabo de San Antonio. Además de la tempestad cuando soplaba el temido viento de Levante, existía un peligro añadido: estrellarse contra la escollera antes de entrar a resguardo en el Puerto. Este tipo de tragedia es el que acontece al final de la novela, por tanto, a la vista de todos los familiares y amigos que están esperando con angustia el regreso de las barcas. La tripulación estaba compuesta por un amo de barca que era el patrón, o bien por un patrón alquilado, y además los marineros y los grumetes.

Se solía salir de noche y las barcas iban emparejadas. Esta salida a faenar a veces era masiva, de hasta más de mil hombres. Blasco nos relata un ritual que se cumplía en el acto de partida de las barcas: "Desde tiempo inmemorial, todo el pueblo acudía a la salida del *bòu*, para insultar a los que se marchaban. Chistes atroces, sangrientas bromas se cruzaban entre los tripulantes y la gente aglomerada en las escolleras cuando las barcas salían del puerto; todo a la buena de Dios, sin mala intención, porque así lo marcaba la costumbre y porque era gracioso decirles algo a los... "lanudos" que se iban tranquilos a pescar, dejando solas a las mujeres.

"Tan arraigada estaba la costumbre, que algunos pescadores se preparaban con anticipación, metiendo en sus barcas capazos de guijarros para contestar las insultantes despedidas a pedrada limpia.

"Era una diversión cruel, digna de las playas levantinas, donde las bromas giran siempre con la mayor simplicidad sobre la mansedumbre del marido y la infidelidad de la mujer". (1981:174).

Lo que pudiera ser una Lonja del pescado se improvisaba entonces, en las postrimerías del pasado siglo, en la misma playa, apenas regresaban los pescadores. En caso de no tener barca propia se compraba el pescado para luego revenderlo en el mercado. Gritos, manotazos e insultos constituían la tónica habitual de estas ventas. Ya en esta actividad intervenían las mujeres, según nos lo relata Blasco (1981:181 y 182): "Las amas de barca regateaban y reñían detrás de sus repletas banastas con todo el rebaño vociferante que había de revender el pescado al día siguiente en Valencia. Cuando el ajuste se hacía por arrobas recrudencíase los insultos, discutiendo si habían de entrar piezas gordas o la sim-

ple morralla. Dos capazos pendientes de cuerdas y unos cuantos guijarros enormes servían de balanza y de pesas. Nunca faltaba algún chico del pueblo de la clase de los "leídos" que se prestaba a ser Secretario de las amas, llevando en un papel la cuenta de las ventas".

Aunque la venta del pescado en la ciudad no entrañara los peligros que supone faenar en la mar, no por ello dejaba de ser una actividad laboral muy dura para las mujeres de los pescadores. Tenían que levantarse de madrugada a fin de poder llegar al amanecer a Valencia. Como hemos indicado, no todas las pescaderas disponían de recursos económicos para trasladarse a la ciudad, a la ida como al regreso, en tartanas alquiladas.

Como señala el historiador Enric Sebastià (1966: 58 y S.S.), la jornada laboral se iniciaba ya en horas nocturnas. Hacia las dos llegaban los labradores a la caseta de consumos (*fielato*) para abastecer a los revendedores urbanos, y también los campesinos "de la leche" con sus vacas. La mayor afluencia extraurbana se presentaba hacia las cinco de la madrugada. En esos momentos se producía el contacto entre el mundo de las gentes del mar y el mundo urbano. En el *fielato* el municipio, o sus arrendatarios, percibían el tributo impuesto a las mercancías destinadas al consumo urbano. Se trataba de un residuo medieval que obstaculizaba el contacto directo entre el espacio extraurbano y una ciudad ya desmurallada con pretensiones de modernidad. Resulta significativo que los primeros personajes, si bien anónimos, que aparecen en la novela sean los centinelas y guardianes de una ciudad que está dormida: vigilantes nocturnos, parejas de agentes encapuchados y empleados de consumos.

Pasado este control las pescaderas se dirigían al mercado donde instalaban sus puestos de venta, consistentes en mesas de mármol con toldos de cinc. No había precios fijos, de ahí que fuese habitual el regateo con los compradores, y que se originaran disputas y riñas entre las propias pescaderas obligadas a competir en la captación de clientes. Incluso había rangos y discriminaciones entre ellas como, por ejemplo, entre las del Cabañal y las de la Albufera.

Algunos marineros, además de a la pesca, tenían una "afición al fardo prohibido". Se trataba de viajar a la *còsta d'afòra* (Argel), o sea, "a la pared de enfrente de aquella casa azul y mudable que tantas veces cruzaban como pescadores" para llenar la barca hasta los topes de alijo de tabaco ("alguilla" y "Flor de Mayo"). También las barcas iban a aprovisionarse a Orán, a Gibraltar y a Marsella. El éxito de la operación dependía de una buena relación entre mafias. Tanto las autoridades españolas como las francesas hacían la vista gorda. Se acostumbraba a sobornar a los carabineros. En la novela se relata una de estas operaciones en las que el capomafia es el tío Mariano, prestamista e influyente en las luchas políticas, y bien relacionado con las autoridades valencianas. Las mafias disponían de amistades que se ocupaban de distribuir y vender el cargamento. A los partícipes se les daba un tanto por ciento del alijo, en este caso el 30% a los hermanos Pasqual y Tonet, sobrinos del tío Mariano, que participan en una de estas expediciones clandestinas a Argel. La aventura solía durar unos cuatro días y se regresaba al amparo de la oscuridad nocturna. Siempre existía el riesgo de ser descubierto y perseguido por una escampavía, y

las barcas debían burlarlas o esconderse en los islotes de las Columbretes, en donde los fareros también hacían la vista gorda. Con las ganancias Pasqual se comprará *Flor de Mayo*. En cambio Tonet el dinero del contrabando se lo gastará rápido en trajes y en jolgorios.

Blasco aprovecha la inserción en la novela de esta aventura del contrabando para hacer algunas referencias a Argelia, ya colonizada por los franceses, y describir la ciudad de Argel por boca de Tonet que la había visitado en su periplo cuando se alistó en la marina de guerra. Argel queda definida como una combinación de mercantilismo y exotismo: ciudad propicia para los negocios y el trabajo durante el día, y para los placeres al llegar la noche. Tonet adoba su relato con sus habituales ínfulas de experimentado mujeriego, sin obviar burlas hacia el mundo islámico: denomina a la lengua árabe "jerga de perros", tilda a los árabes de ser gente sucia y que come con las manos. En definitiva, manifestaciones de racismo y de una actitud xenófoba del personaje literario, pero en nada atribuible a Blasco, hombre de talante liberal y amante de la cultura de los países mediterráneos.

También la acción de la novela transcurre en momentos del tiempo libre y en espacios propicios para un ocio lúdico y festivo, pero en tono menor en cuanto a letra escrita e impresa. Referencias pasajeras a reuniones y jolgorios de los hombres en tabernas o en el barrio de pescadores en Valencia, o de las mujeres en las chocolaterías próximas al mercado, y no faltan tampoco a acontecimientos festivos típicos de los poblados marítimos como la Semana Santa o al bautizo de las barcas como la de *Flor de Mayo*.

3. Espacios y Ámbitos.

También en este caso se advierten en la novela *Flor de Mayo* acusadas dualidades y confrontaciones. Más que una dicotomía campo/ciudad o una oposición entre lo rural y lo urbano con lo que implican también los diferentes estilos de vida propios de cada ámbito, en esta ocasión destaca más la relación dialéctica entre la ciudad y el mar.

El espacio marítimo en el que tienen lugar las actividades pesqueras comprende el denominado golfo de Valencia; las del contrabando, un espacio más amplio del Mediterráneo occidental. Blasco nos presenta el protagonismo del mar en una doble faceta: generosa y maléfica. La pesca proporciona ganancias, o al menos la subsistencia para muchas familias de los poblados marítimos, pero también ese mar en calma, propicio al disfrute playero en los días calurosos del verano, puede alterarse y cobrarse vidas, sin olvidar, por supuesto, la dureza de una actividad laboral mucho más peligrosa que la que se realiza en tierra (actividades agrícolas, agropecuarias, extractivas, etc.).

Blasco se refiere al *levante* como un viento muy temible en el golfo valenciano. Son significativas las manifestaciones de los pescadores atemorizados ante la posibilidad de salir a faenar, cuando observan que el tiempo se "ensucia". Si sobrevenía un temporal estando ya en la mar las barcas acudían prestas a refugiarse en otras localidades de la costa (Denia, Gandía o Cullera). Tal vez se aprecie una cierta exageración de Blasco en

estos aspectos climatológicos. Lo cierto es que a nivel literario la tempestad actúa como un demiurgo devorador que desencadena tragedias, y en el caso que examinamos es precisamente una tempestad en las últimas páginas la gran protagonista, creadora de un final trágico de colores y sonidos wagnerianos.

A ese Mediterráneo que baña el litoral del golfo de Valencia también se refirió Blasco Ibáñez en otra novela del período valenciano: *Sónnica, la cortesana*, su primera novela de carácter histórico. Y es en *Arroz y Tartana* donde la acción se enmarca en la ciudad de Valencia. El sociólogo Amando de Miguel afirmó en una ocasión que el entonces llamado "Paseo de Valencia al mar" acababa en seco (hoy es avenida de Blasco Ibáñez). Efectivamente, dicho paseo no llegaba al mar. Un proyecto municipal pretende en la actualidad que llegue hasta la misma playa, lo que ha generado numerosas protestas de vecinos y otros grupos y asociaciones, especialmente ecologistas, ya que dicha prolongación causaría graves desastres urbanísticos en El Cabañal.

Igualmente se ha afirmado que Valencia, pese a ser una ciudad marítima y portuaria, vive de espaldas al mar, lo cual es cierto. En Valencia se da la misma dualidad que en otras localidades del litoral: la ciudad y el Grao (puerto con un núcleo de población). A veces ambos espacios están separados por bastantes kilómetros. En ciertos casos —y así ha ocurrido en Valencia— la expansión inmobiliaria ha generado conurbación y un nuevo tejido urbano ha unido ambos espacios.

Ya en la época en la que tiene lugar la historia de *Flor de Mayo* la gente de la ciudad buscaba la cercanía del mar y acudía a divertirse a los poblados marítimos. Historia que se repite y que se ha visto incrementada al masificarse el consumo del ocio. La ciudad de Valencia no ha llegado a ser un espacio de calidad turístico. Sigue siendo una ciudad de paso, especialmente hacia el Sur (Benidorm y otros puntos del litoral alicantino). Siempre ha habido dificultades para poder anular la polución en las playas de la ciudad. Pero ello no ha sido obstáculo para que en la zona de los poblados marítimos (especialmente Cabañal y Malvarrosa) proliferasen infraestructuras del ocio, tales como casas de baño, el balneario de Las Arenas, y, sobre todo, restaurantes que han logrado fama internacional, habiendo sido visitados algunos ("La Pepica" o "La Marcelina") por ilustres personajes, desde los actuales monarcas hasta estrellas del cine o enamorados de España como fueron Orson Welles y Ernest Hemingway. A este último le agradaba Valencia, a la que acudía en su feria taurina, y en alguna de sus novelas hace referencia a los poblados marítimos.

Próximos a la playa se ubicaban algunos pequeños astilleros, cuarteles de carabineros y también hospitales para enfermos de tuberculosis ósea. Eran abundantes desde las primeras décadas del siglo las villas de estilo modernista, que a partir de los años setenta han experimentado una reconversión, transformándose en atractivos restaurantes y pubs para tomar copas en el interior del edificio o bien en los jardines. Un caso típico es la reconversión de unas Termas en amplio local para todas las edades y con diferentes funciones: solarium, discoteca o pista de baile con música revival para personas más mayores. Actualmente la expansión urbanística ha revitalizado toda esta zona, así como el trazado

de un paseo marítimo de bastantes kilómetros con restaurantes y terrazas que han sustituido a los antiguos merenderos de madera y cañizos. La ciudad ha acortado sus distancias con el puerto y el litoral, y en un paisaje muy diferente del que conocieron los habitantes de hace un siglo, que bien podían haber sido los mismos protagonistas de la novela, ya no existe ninguna tía Picores que "erguida y soberbia como la venganza" en lugar de increpar al furioso mar se vuelva de espaldas y señale a los consumidores de pescado de la ciudad como a los verdaderos culpables de la tragedia, regateadores a la hora de ir a comprar al mercado. El pintor Joaquín Sorolla, contemporáneo y amigo de Blasco, inmortalizó la tragedia de los pescadores en un cuadro que tituló con esta frase: "Y luego dicen que el pescado va caro".

Referencias bibliográficas.

- BLASCO IBÁÑEZ, V. (1981): *Flor de Mayo*. Barcelona. Plaza&Janés.
CORBÍN FERRER, JUAN LUIS (1994): *La Valencia marinera: del Grao a la Malvarrosa*. Valencia. F. Domenech.
DAMIÁ, A. (1969): *Viejo Cabañal*, Valencia. Prometeo, S.L.
JUST, JULI (1929): *Blasco Ibáñez i València*. València. L'Estel.
SANCHIS PALLARÉS, ANTONIO (1997): *Historia del Cabanyal. Poble Nou de la Mar (1238-1897)*. Valencia. Javier Boronat, editor.
SEBASTIÀ, ENRIC (1966): *València en les novel·les de Blasco Ibáñez. Proletariat i burgesia*. València. L'Estel.
TORTOSA, PILAR (1977): *La mejor novela de V. Blasco Ibáñez: Su vida*. Valencia. Prometeo, S.L.